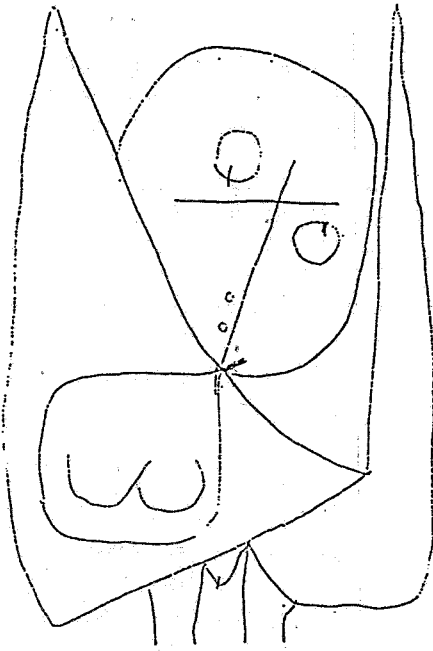


# Lecturas



---

... 11. 631 p. 1. 1912. 1. 1912.

Forster, Ricardo, *W. Benjamin / Th. W. Adorno: El ensayo como filosofía*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1991, 231 p.

Ejercer el ensayo para enfrentar las trampas de una contemporaneidad que se obstina en confundir sabiduría con información y que desdeña la pasión de las palabras a favor de la instrumentalidad de los datos. Tal, la apuesta de Ricardo Forster en su libro sobre Walter Benjamin y Theodor W. Adorno<sup>1</sup>.

La empresa exige superar tentaciones nada despreciables. En primer lugar, la tentación de caer bajo el hechizo del efímero relampagueo de la moda. Benjamin -por indescifrables razones que se alimentarán durante 1992 con el prestigio del centenario de su nacimiento, después de haber atravesado en 1990 el cincuentenario de su muerte- empieza a ser citado con esa impúdica frecuencia que suele preceder a la indiferencia. Adorno ya conoció la exaltación y el vilipendio. Un pensamiento que no soporta la simplificación, una y otra vez fue frivolidado. En los años sesenta el nombre de Adorno acompañaba al Marcuse de *El hombre unidimensional* en la condena a la sociedad "alienada" que pareció estallar en las barricadas de París de 1968. No mucho después, con igual insistencia y similar ligereza, Adorno fue negado por quienes veían en su condena a la industria cultural un rechazo a la "democratización de la cultura". Una nueva ola de reconocimiento a quienes estuvieron vinculados a la Escuela de Frankfurt ha comenzado a levantarse. Forster se hace cargo de la desventura del momento y explícitamente toma distancia: "el oportunismo o la moda hacen que hoy se eleven voces para hablarnos de la importancia de los frankfurtianos, pero que seguramente mañana, cuando las exigencias del mercado cultural planteen otras cosas y ofrezcan otros productos, no tendrán ningún prurito en abandonar raudamente su ferviente 'descubrimiento' del pensamiento negativo y crítico". Otras acechanzas tienen que ver con los textos mismos que se ofrecen a la lectura del autor. Ante los dos rostros de Benjamin convertidos en banderas que dividen a sus

seguidores, misticismo o materialismo, Forster opta por el difícil camino de ver en el judaísmo la piedra de toque que le permite a Benjamin incorporar ideas aparentemente contradictorias. Ante las críticas que señalan el pensamiento de Adorno como un "callejón sin salida", Forster se atreve a decir que no hay porqué exigir salidas. La "lógica del desmoronamiento" tiene especial grandeza en una época que sólo "consagra lo útil y eficiente".

De *El ensayo como filosofía* podría decirse que es un libro inasible, y que allí radica su mérito: proponer la reiteración de las sospechas incesantes que alimentaron a Benjamin y a Adorno. El primero, siempre abierto al asombro, en el límite de un más allá redencional reconocible en cada fragmento de lo cotidiano. En Adorno, menos esperanzado, en la convicción de que todo está casi perdido y que sólo la recuperación de una crítica sin falsos optimismos podría impedir el derrumbe definitivo.

Benjamin le permite a Forster contemplar la "tragedia de un pensamiento que toma la palabra en una época destinada al ocaso pero que sabe que su lugar no puede ser otro que aquel que lo arrastra en su caída". Desde la tragedia, desde ese momento fusional primigenio, Benjamin mira la escisión creciente que condena al mundo al tormento de no reconocerse en las palabras. De allí la búsqueda de la palabra que reconcilia. De allí, también, la "deriva" como método. Porque la marcha del "caminante" es de un absoluto a otro absoluto y no a través de un espacio y un tiempo homogéneo. Palabra inalcanzable de reconciliación con el mundo, que para Benjamin fue tensión permanente hacia las enseñanzas de la Cábala y que Forster encuentra como cifra de esa convivencia entre marxismo, mística judía, barroco alemán, poesía simbolista, kantismo filosófico y surrealismo estético: "la esfera propiamente judía es la que hace posible la articulación de esas diferentes y a veces opuestas concepciones", porque "Benjamin fue esencialmente un pensador judío, quizá la figura más paradigmática y trágica del intelectual mitteleuropeo de raíz hebrea que cabalgó entre la profunda certeza de la inexorabilidad del cumplimiento histórico de la era de la modernidad desencantadora y una insistencia, conscientemente destinada al fracaso, por conservar los valores del espíritu en medio de la devastación".

En los seis ensayos que el autor le dedica, Benjamin es interrogado de cien maneras y sus respuestas son otras tantas preguntas, inquietantes, arrojadas sobre el lector. Hay un Benjamin que, con Nietzsche, cree que "la suprema elevación de la humanidad es el sentimiento de que no le es lícito tocar todo", que pide resguardar

la memoria “amenazada por un discurso afirmado en lo ‘siempre nuevo’”. Hay uno, el de las *Tesis de filosofía de la historia*, atravesado por la desilusión “ante una civilización fallada, profundamente fracturada allí donde aparecía como potencialmente liberadora”. Y porque “una pobreza del todo nueva ha caído sobre el hombre al tiempo que ese enorme desarrollo de la técnica”, hacia el final de su vida escribe que para “Marx las revoluciones son las locomotoras de la historia mundial. Pero quizá esto sea totalmente diferente. Quizá las revoluciones sean la forma de empuñar el freno de emergencia por parte de la raza humana que viaja en ese tren”. Hay un “caminante de los márgenes”: marginal del mundo académico que lo “salva de concesiones espúreas” y viajero hacia los márgenes que “exacerba la función de la palabra”. Hay un “coleccionista” que le permite “descubrir lo que se oculta, lo más propio del objeto”; un lector “detrás de las palabras” que evoca una lengua pre-babélica “allí donde la aridez comunicacional-informativa o la violenta modelación subjetivo-racional de la representación no han podido silenciar los ecos”. Hay también un “laberinto del lenguaje” en el que Forster, atraído por Benjamin y conducido por George Steiner, recorre a Celan, Mallarmé, Heidegger, Borges, Ionesco, Beckett, Sartre, Eliot, sobre todo Eliot, con la esperanza -tal vez- de encontrar, en la “espesura de la lengua”, “la escritura como acto restitutivo, como extraño y sublimado juego donde se combate contra el olvido”.

En el ensayo que le dedica, Forster celebra a Adorno por las mismas razones que exalta a Walter Benjamin: por no contarse entre los triunfadores constructores de sistemas, de dispositivos capaces de adecuación al mercado cultural, o de nuevos paradigmas capaces de “llenar los agujeros dejados por la quiebra de anteriores modelos de verdad”. Nada menos “actual” que este pensador que defiende la tradición contra el nihilismo, que reniega de toda filosofía que pretende mostrar su “superioridad epistemológica”, que reivindica el “papel fecundador de la contemplación” en una época en que “el cambio permanente” se convierte en “fetiche social”.

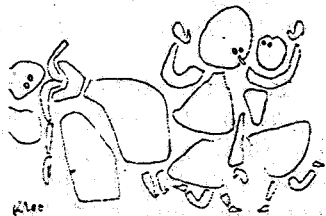
La crítica al proyecto socio-cultural burgués, eje articulador del pensamiento de Adorno, encuentra su momento de máxima tensión en la denuncia a la “industrialización del arte, la muerte de su autonomía”. Adorno, a diferencia de Walter Benjamin “que llegó a tener esperanzas en la fuerza emancipatoria de la cultura de masas”, sentía el “irreversible proceso de heteronomización del arte” como el más profundo problema de la cultura de la época: “entre los

peligros del arte nuevo, el más grave es su falta de peligro". La lógica del mercado suplantando el momento único, intraducible, radicalmente otro, que caracteriza al arte verdadero: "Toda obra de arte es un instante; toda obra de arte conseguida es una adquisición, un momentáneo detenerse del proceso, al manifestarse éste al ojo que lo contempla".

"El lector de Adorno no debe esperar ningún tipo de facilidad", advierte Forster. Su estilo "tiene mucho de partitura musical entrelazado con la frase látigo tan propia de Nietzsche", donde se fusionan un hegelianismo que le aportó la perspectiva de un "devenir histórico que impide la sedimentación de una estructura" y el "impacto de la tradición negativo-pesimista proveniente de los románticos, de Schopenhauer, Kierkegaard y Nietzsche".

*El ensayo como filosofía* tiene un *pathos* benjaminiano, pero se pliega al espíritu de Adorno, a la aventura siempre renovada del pensar. Seguir a Adorno significa aceptar el desafío de contravenir el "orden de una exposición sistemática". Se trata, más bien, de "entremezclar, volver a discutir, tropezar con lo ya dicho". Por eso el libro de Forster resulta inenarrable, por eso a cada paso se tropieza con lo ya dicho pero ensayado de otro modo. Si Benjamin le presta a Forster su vocación por lo fragmentario, Adorno lo defiende de toda ilusión de llegada. Es posible que quien se aproxime a estos siete ensayos en búsqueda de un manual para entender el pensamiento de los frankfurtianos, salga decepcionado. La filosofía, la verdadera filosofía, prescinde de los algoritmos. También es posible que a ese lector perturbado de pronto se le revele que ha sido instalado en una confusión que, inesperadamente, lo ha puesto en el único sendero del saber, el del encantamiento de las palabras.

Héctor Schmucler



Facultad de Filosofía y Humanidades - U.N.C.  
BIBLIOTECA "ELMA K. de ESTRABOU"